

Presentación

Para 1991, la maestra de historiadores, docente e investigadora, Mercedes Ruiz Tirado, expresaba en un texto sobre las elites de poder en la Venezuela colonial que:

En el futuro, la apertura de un nuevo archivo, el hallazgo de otros documentos, la publicación de otras monografías, podrían permitir la confirmación de estas apreciaciones, o ser causa de modificaciones substanciales. Cuando se practica el oficio de historiador con rigurosidad, pero con una mentalidad abierta a todo género de confrontaciones, deben aceptarse como posibles estas alternativas. En la historiografía venezolana, y aquí tienen mucho que ver los progresos alcanzados en materia de Historia Regional, el conocimiento histórico ha dejado de ser una verdad estática y repetible durante generaciones sucesivas. Por fortuna, hoy día existe mayor comunicación entre los investigadores; y también, por qué no decirlo, los historiadores somos más dados a expresar públicamente nuestros logros y limitaciones, lo que no va en desmedro de la calidad académica, sino que más bien abona el terreno para realizar discusiones más enriquecedoras. Todo ello hace posible una redefinición de la historia venezolana.

Honesta la reflexión de Mercedes Ruiz, expresión de una formación y unos valores que nos muestra a la tercera generación de historiadores profesionales formada en Venezuela. Así, la investigación histórica, como aquella que no presenta conclusiones, argumentos o formulaciones definitivas, sino que se considera en la provisionalidad de sus aportes, siempre comprometida con la revisión de amplios conjuntos documentales, en un país de precarios servicios de archivo. La necesidad de comunicar, debatir y confrontar los resultados de las investigaciones desde los supuestos de la especialidad, y la postura ética de asumir las propias limitaciones y deficiencias, son señalados por Mercedes Ruiz como factores que harían posible la redefinición del conocimiento de la Historia del país.

Transcurridos veinticuatro años de ese señalamiento, bien valdría examinarnos frente a él en un medio académico y un ambiente historiográfico en general caracterizado por la ausencia de crítica. La

decadencia de la labor intelectual del historiador parece haber corrido pareja con la decadencia política del país. Un país de tanto “historiador” y tan escasa exigencia, de tanta exhibición y muestreo, proyección y pantalla, donde abunda la habilidad y falta la verdadera formación, la seriedad y la modestia, la honestidad del trabajo, donde se escribe o dice cualquier texto o ponencia sin soportes testimoniales, argumentales o lógicos en eventos o revistas de la especialidad, en libros premiados o sin premiar. Un país donde todavía muchos archivos presentan complicadas y necias trabas a la investigación, no señaladas en sus reglamentos o en las intervenciones públicas de sus directores, sino en la actitud frente a los requerimientos de los usuarios. Un país de publicaciones otorgadoras de avales de artículos para ascenso de profesores en el escalafón, artículos que nunca se presentan a la consideración pública. Un país donde el afán desmedido de figurar en las premiaciones estatales lleva a algunos académicos a tutelar exageradas cantidades de tesis de resultados mediocres, todas las cuales se pretende deben llevar máxima calificación. Un país donde cursos de postgrado o maestría otorgan títulos sin las debidas exigencias académicas formales, donde sus egresados escasamente saben estructurar el aparato crítico, distinguir la filiación de datos o ejercer la crítica histórico-documental. País de amiguismos, de compadrazgos, de adulantes y trepadores, que también es nuestra academia. A él debemos cuestionarlo, criticarlo y denunciarlo como al otro. Pues esos males que se enquistan en nuestros espacios son tan nocivos y perjudiciales como la corrupción, la demagogia, el populismo y la intolerancia que adversamos en el estamento político que nos gobierna. Un espacio y otro tienen retos y desafíos fundamentales, y todos estamos llamados a enfrentarlos. El país y el medio intelectual de los historiadores, el ambiente historiográfico, que deben pensarse, cuestionarse, criticarse frente a su destino. Para decir con Carlos Fuentes: esto fuimos, esto somos, esto podemos ser.

La Historia como disciplina que estudia el devenir de los hombres y presenta el cuadro de sus acciones de alcance social, no puede ser un conocimiento pasadista y una vía de evasión de los problemas que afronta nuestra sociedad en el presente. Pero ciertamente podrá hacer una contribución en algo aportadora a su tiempo, si su compromiso es con la seriedad que demanda el oficio del

historiador, y no con la vanagloria personal, el exceso de protagonismo o la militancia partidista. La Historia, como valor de explicación, exige a su oficiante un constante reto, así mismo y al ejercicio de conocimiento que pretende. Situada entre la ciencia y el arte, la Historia exige al historiador la afinación y rigurosidad de sus planteamientos teóricos y metodológicos, el control perpetuo de sus conclusiones, argumentos y fundamentos, la crítica y autocrítica constante a su hacer. Así como la sensibilidad, la calidad y claridad en el discurso histórico, y la imaginación que permita hacer inteligibles los hechos sin deformarlos y traicionarlos. Sabiendo que su pretensión será una reconstitución imperfecta y una aproximación. Pero que será más cierta en tanto la honestidad intelectual guíe sus pasos.

Compromiso, exigencia, responsabilidad, conciencia crítica y espíritu libre parecieran las exigencias que la hora actual de Venezuela demanda a sus historiadores. Así lo entendemos en *Presente y Pasado*, asumiéndonos también parte del medio intelectual y ambiente historiográfico que criticamos, y que también expresamos y representamos. Con sus luces y sus sombras, con sus distinguidos aportes y esperpénticos desaciertos. Aquí el empeño porque sean más los primeros que los segundos.

En este número de *Presente y Pasado* se exponen a la discusión de la comunidad de investigadores textos variados y polémicos. Los profesores Alexandra Álvarez, Enrique Obediente y Elvira Ramos analizan a partir del contenido del expediente de un juicio por hechicería en la Mérida del siglo XVII, el concepto de *mohan*, acercándose a las contradicciones presentes entre dominadores y dominados en el período de consolidación colonial hispana en Venezuela; por su parte Jhoana G. Prada estudia la evolución del concepto de Maternidad y los preceptos médicos en la formación de un nuevo modelo de feminidad en América Hispana durante los siglos XVIII y XIX; mientras el profesor y cronista Armando González Segovia intenta una aproximación a la actuación y defenestración del gobernador y capitán general de Venezuela, Joseph Francisco Cañas y Merino.

El historiador y profesor universitario Miguel Ángel Rodríguez Lorenzo nos presenta las características de la enseñanza de la Historia

en la España del siglo XIX; el historiador Sócrates Ramírez reconstruye la crisis política del Paraguay de 1954, que llevó al poder a Alfredo Stroessner, y la posición venezolana de la dictadura perezjimenista frente a esos hechos; y cierra la sección artículos, un destacado y documentado trabajo de la investigadora y docente Luz Coromoto Varela Manrique sobre el papel protagónico de Miguel Ángel Burelli Rivas en la creación de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Los Andes en 1955.

La *Miscelánea* está a cargo del profesor e investigador Frank José Arellano, con una revisión de los principales planteamientos en torno a la idea de progreso en la filosofía de la historia de Pierre Joseph Proudhon; y el *Documento* lo aporta la archivóloga e historiadora Zoraima Guedéz Yepez, un contrato para la creación de una banda de música en la Mérida de las primeras décadas del siglo XX. Cuatro *Reseñas* completan este número, debidas a la investigadora Alejandra Mendoza Villasmil, los docentes e investigadores Víctor Pineda Arrevillales de la Universidad Católica Andrés Bello, y Johnny Barrios, de la Universidad de Los Andes; y al poeta e investigador de la literatura venezolana Lubio Cardozo.

Si algo caracteriza a la mayoría de los trabajos que presentamos en esta edición es el importante trabajo de revisión y análisis de fuentes documentales de archivo. Mostrando además la ambición de seriedad de la mayoría de nuestros colaboradores. Agradecemos una vez más a los árbitros de destacadas universidades nacionales y extranjeras que colaboraron con nosotros en la evaluación de los trabajos presentados, su labor desinteresada y gratuita, marca y define la calidad de la publicación. También nuestro agradecimiento al CDCHTA de la Universidad de Los Andes, al Vicerrectorado Administrativo de nuestra universidad, y sobre todo a los articulistas que confían en *Presente y Pasado*, revista de la Escuela de Historia de la Universidad de Los Andes.

Isaac López
Coordinador del Comité Editorial.